

¿Qué es un títere?

Elena Santa Cruz [1]

«Es... un muñeco y algo más... Ligado al hombre desde la más temprana edad de la historia, se ha mantenido a través de los siglos hasta hoy, época en que se le da cabida en muchos campos de la ciencia, del arte, de la filosofía, de la educación»
MANE BERNARDO (1986)

Los títeres son una herramienta que posibilita trabajar y vincularse con niños de edades muy tempranas. Petr Bogatyrev (1999) consideró al teatro de títeres como un sistema de signos, contemplando que un signo es aquello que reemplaza «algo por alguien» (Escalada Salvo, 1999), una cosa por otra cosa; pero con una representación que va más allá, con otro valor simbólico, ya no de cosa, sino de otro ser vivo con intenciones y sentimientos. Este alguien, el títere, es recibido por los niños como un muñeco o como un ser vivo. Las expresiones de su rostro, su vestimenta, su voz forman parte de su manera de comunicarse con los pequeños, generándoles diversas y variadas impresiones. Se requiere de la habilidad del docente titiritero para que éstos comprendan los mensajes de «los títeres».

No alcanza con la propia capacidad creadora de los niños; el titiritero deberá poder capturar el interés de los pequeños, y adecuar el lenguaje que utilice en cada caso.

Los títeres generan sentimientos de confianza y familiaridad, no tanto por lo que los muñecos son, sino por lo que los niños ponen en ellos.

Esto permite abrir un mundo de sugestión y fantasía al que el niño puede entregar su propia interioridad.

Berta Finkel (1980) señala la posibilidad que brindan los títeres para que los niños proyecten o se identifiquen con ellos. Señala que es uno de los medios más interesantes para el trabajo con pequeños ya que permite «situarse en un plano de intersección entre lo lúdico y lo real», porque el niño puede identificarse con ese objeto lúdico y crear con él escenas imaginarias, pero también puede proyectar y atribuirle vivencias reales que no podría aceptar en sí mismo. Se pueden recrear situaciones y vivir los contenidos propuestos con un riesgo muy bajo y la facilidad de entrar y salir del espacio imaginario sin la connotación de tragedia, dolor y drama que tiene el accidente en la vida cotidiana.

Por lo tanto, el títere en sí mismo es un muñeco que, al cobrar vida en manos del titiritero, se transforma en un personaje teatral y es, a su vez, por su utilización, un Objeto intermediario.

El títere como objeto intermediario

Para comenzar, recordemos que, etimológicamente, *objeto* (del latín *objectus*) significa «arrojado contra», cosa que existe fuera de nosotros mismos, elemento colocado delante con un carácter material: todo lo que se ofrece a la vista y afecta los sentidos, todo lo que es visible o tangible y tiene formas estables. A su vez, «intermediario» significa «que media entre dos o más personas».

De acuerdo con estas significaciones y con la función que cumple, Objeto intermediario es aquel que, por sus características particulares, al ser instrumentado en un contexto adecuado, permite restablecer la comunicación interrumpida.

A partir de Cole (1999), podríamos pensar en el títere como artefacto cultural, como mediador, como la herramienta que permite las apropiaciones simbólicas, como una interfase entre herramienta y signo. Este autor, define artefacto:

«es un aspecto del mundo material que se ha modificado durante la historia de su incorporación a la acción humana dirigida a metas. En virtud de los cambios realizados en su proceso de creación y uso, los artefactos son simultáneamente ideales (conceptuales) y materiales. Son ideales en la medida en que su forma material ha sido moldeada por su participación en las interacciones de las que antes eran parte y que ellos median en el presente [...]. La forma de un artefacto es más que un aspecto puramente físico [...], al ser creado como una encarnación del propósito e incorporado de una cierta manera a la actividad de la vida —al ser fabricado por una razón y puesto en uso— el objeto natural adquiere una significación.

Esta significación es la “forma ideal” del objeto, una forma que no incluye un solo átomo un solo átomo de sustancia física tangible que lo posee» (Cole, 1999).

Cole define a los artefactos primarios como «los utilizados directamente en la producción». Como ejemplos, da hachas, garrotes, agujas, cuencos, y agrega: «los artefactos primarios se corresponden estrechamente con el concepto de artefacto como la materia transformada por la actividad humana anterior que proporcioné antes, aunque para mis actuales propósitos no distingo entre la producción de bienes materiales y la producción de vida social en general». Por otro lado, los artefactos secundarios son definidos por este autor como aquellos que «constan de representaciones de artefactos primarios y de modos de acción que utilizan estos artefactos primarios. Los artefactos secundarios desempeñan un papel central en la preservación y transmisión de los modos de acción y creencia. Incluyen recetas, creencias tradicionales, normas, constituciones, etc.» (Cole, 1999). A modo de ejemplo, podría pensarse en los libros.

Wartofsky considera que se los puede ubicar en el tercer nivel de artefactos «[por]que puede[n] llegar a constituir un “mundo” relativamente autónomo, en el que las reglas, las convenciones y los resultados ya no parecen directamente prácticos o que, en efecto, parecen constituir una esfera de actividad no práctica, o de juego libre».

Cole afirma que estos artefactos de la imaginación pueden llegar a teñir nuestra manera de ver el mundo «real», proporcionando una herramienta para cambiar la praxis actual.

En este sentido, de artefactos de mediación, podría pensarse, a manera de metáfora organizadora para los niños, que el títere permite el trabajo en el ámbito de la educación y en el de la salud.

Hay que destacar la virtud del títere para expresar más de lo que el docente titiritero podría expresar solo, disponiendo de menor cantidad de medios que éste. El docente sirve de nexo entre la realidad existente y el reino vivo de la fantasía, el cual se convierte en el campo de acción inmediato del niño, que entra de lleno a vivenciarlo.

Al decir de Berta Finkel (1980): «Lo que hay de titiritesco en el niño hace que sienta tanto al títere [...]. El títere participa de lo fantástico y lo ridículo, de lo asombroso y lo cotidiano, de lo mezquino y lo sublime de su propio mundo. [...] El niño está en el títere en una total entrega de su yo».

[1] Texto extraído del libro *Títeres y resiliencia en el Nivel Inicial. Un desafío para afrontar la adversidad* (Homo Sapiens, 2008).